

## La triste vida de los intelectuales

### *La introducción del pensamiento moderno en Colombia. El caso de Luis E. Nieto Arteta*

GONZALO CATAÑO

Universidad Externado de Colombia, Bogotá, 2013, 558 págs.

HACE RATO, con poco ruido y muchas nueces, se ha ido acumulando un inventario muy activo de estudios biográficos de los intelectuales colombianos. A esa zona historiográfica la podemos llamar “estudios biográficos de intelectuales”, y tiene nexos evidentes con la “historia de las ideas” o con la hoy conocida “historia intelectual”. Todo depende de dónde esté puesto el acento, si en la vida del individuo, si en sus creaciones intelectuales, si en la amalgama de lo uno y lo otro; si la vida sirvió de pretexto para entender un proceso creativo más general, de modo que se reconozcan tendencias intelectuales, generaciones, grupos, conflictos, en fin. Ahora hablamos de una “nueva historia intelectual” que intenta atar muchas cosas que, en principio, tienen evidente afinidad: el individuo creador, su momento generacional, el conjunto de obras intelectuales creadas en ciertas épocas, la relación de esas obras con las “condiciones de enunciación” que hicieron posible que tal o cual cosa se pensara y se escribiera (y no otra). Así, con las ambigüedades y complejidades inherentes de un objeto de estudio tan vaporoso, hemos ido reuniendo, en las ciencias humanas colombianas, un acumulado de biografías de intelectuales.

Voy a mencionar algunas que he leído con cuidado, aquellas de las que he aprendido algo o con las que he tenido algún tipo de discusión enriquecedora: la biografía de Alberto Mayor Mora sobre el ingeniero civil Alejandro López; la de Darío Acevedo sobre Gerardo Molina; la de Santiago Díaz Piedrahita sobre José Jerónimo Triana; la de Hermann Schumacher sobre Agustín Codazzi; las biografías de Fernando Vallejo consagradas a Porfirio Barba Jacob, José Asunción Silva y Rufino José Cuervo; las de Enrique Santos Molano, una sobre el poeta Silva y otra sobre Antonio Nariño. Añado la enjundiosa trilogía que

dedicó César Augusto Ayala a Gilberto Álzate Avendaño, una obra que pone en discusión el débil hilo que separa lo intelectual de lo político. Algo semejante puede suceder con la ya clásica biografía de Walter J. Broderick sobre Camilo Torres. Con la muerte de nuestro Nobel literario han asomado varias, pero me quedo por ahora con la escrita por Gerald Martin. En este listado, que no tiene pretensiones de exhaustividad, no pueden faltar los esbozos biográficos de Alberto Miramón que dedicó a algunos criollos ilustrados especialmente. En fin, hasta aquí destaco aquello en que me he detenido con algún interés. Es cierto que en tiempos recientes, la historiografía universitaria no ha tenido suficiente fuerza en la producción ni de biografías ni mucho menos de biografías de intelectuales; pero aun así hay un acumulado que constituye legado y que, por tanto, sirve para discutir unas formas de investigar y discutir la historia.

Sé que entre los historiadores colombianos hay algunas biografías en el tintero, como la del profesor Óscar Saldarriaga sobre monseñor Rafael María Carrasquilla. Y así como ya podemos hablar de una tradición de biografías de intelectuales, también es bueno decir que, por supuesto, todavía hay carencias crasas, todavía hay personajes en busca de autor. Todavía no tenemos una biografía seria, confiable, sobre Jorge Isaacs, así se hable mucho del autor de *María* y abunden documentos publicados por aquí y por allá; el Camilo Torres del *Memorial de agravios* (1809) sigue a la espera de algún curioso sistemático; a Francisco José de Caldas lo sacuden desde diversos flancos, pero sigue sin asomar un retrato de cuerpo entero del científico venido a político y mártir de la revolución neogranadina. Faltan biografías del prolífico Manuel María Madiedo, del visionario Florentino González, y podríamos organizar un directorio de nombres de gente que tuvo alguna incidencia en la vida pública colombiana desde el ámbito intelectual. De modo que cuando leemos un nuevo estudio biográfico sobre algún intelectual colombiano nos complace ver cómo se amplía un paisaje historiográfico y cómo adquiere consistencia un tipo de diálogo con el pasado, aquel que parte de concederle importancia a lo que

hicieron y dijeron aquellos individuos considerados como agentes intelectuales con algún grado de injerencia en el moldeamiento de la institucionalidad científica, en el funcionamiento del estado, en las acciones de los gobiernos, en la formación de tradiciones en este u otro campo disciplinar de cualquier ciencia, en alguna fecunda ruptura en cualquier forma de creación artística. Los intelectuales evocan, al fin y al cabo, algún sentido de racionalidad que un país como el nuestro parece necesitar hoy y en el futuro inmediato con extrema urgencia.

Gonzalo Cataño nos ha presentado una juiciosa investigación sobre la vida de Luis Eduardo Nieto Arteta blindada por una escritura sobria y limpia. Son casi quinientas páginas que dan cuenta de la vida y la obra de un intelectual menor, el biógrafo no duda en presentarlo así, que sirve de ventana para penetrar en un proceso más general. Si la trayectoria vital de Nieto Arteta no parece recubierta de una singularidad llamativa, de algo que lo envolviese en la anomalía, en lo excepcional, al menos sirve para ilustrar un proceso colectivo relacionado con lo que fue la aclimatación de ciertas ideas, pretendidamente modernas, en un medio intelectual incipiente. El biógrafo es insistente en recordarnos que no tuvo al frente a un individuo dotado de un aura que lo singularizara radicalmente; su vida, al parecer, no tenía nada de ejemplar ni de anómala, vivió y creó como muchos otros intelectuales colombianos de su época.

Puesto el biografiado en una condición muy relativa, reducida su importancia a un caso singular que sirve para ilustrar asuntos más generales, la obra resultante es un examen de las condiciones en que pudieron actuar ciertos grupos de intelectuales en la primera mitad del siglo XX; cómo fueron sus relaciones con otros productores y consumidores de ideas; cuál fue su situación ante el poder político; qué pudieron decir y hacer como contribución a la emergencia y consolidación de saberes especializados sobre la sociedad colombiana. Siguiendo la vida de un intelectual nacido en Barranquilla, formado en Bogotá y que pudo residir por algunas temporadas en España, Brasil, México y Argentina, entendemos cómo los intelectuales colombia-

BIOGRAFÍA		RESEÑAS
<p>nos participaron del diálogo de ideas con sus coetáneos en varias partes del mundo; entendemos en buena medida la trama de vínculos que hacían posible la edición de un libro, la llegada de novedades editoriales al país. También nos deja percibir la condición subordinada de un intelectual provinciano ante quienes controlaban los medios de comunicación, especialmente la prensa, en Bogotá; la condición subordinada ante el poder político, la necesidad de mentores y protectores que garantizaran cierta estabilidad en cargos públicos.</p> <p>Gonzalo Cataño le recuerda con frecuencia al lector que su biografiado es un intelectual menor; acaso nos está diciendo con eso que no fue un productor de grandes ideas originales, ni de sistemas de pensamiento consistentes y proliferos. ¿Quién podía llegar a ser un gran intelectual en los decenios 1930 y 1940 en Colombia? Lo que narra de la vida y la obra de Nieto Arteta, y particularmente lo que eran sus defectos como escritor y expositor de ideas, eran los mismos atribuibles a un Antonio García Nossa, a un Gerardo Molina, a un Germán Arciniegas, a un Luis Enrique Osorio y tantos otros. Todos repetitivos, superficiales, desgreñados, grandilocuentes; todos discípulos del autodidactismo y de la curiosidad. Esa curiosidad fue, quizás, la contribución fundamental de muchos de ellos en la “recensión del pensamiento moderno”; gracias a su curiosidad, hubo una aproximación, tímida y tardía, claro, a las obras de Marx, Spengler, Gurvitch, Dilthey, Husserl, Heidegger, Kelsen. Gracias a esa curiosidad fueron innovadores en varios sentidos, refrescaron las cátedras universitarias y les dieron cimiento a lo que iban a ser las ciencias sociales en Colombia.</p> <p>Muchas cosas no podían tener ni podían ser, porque estaban desprovistos de método y sistema, por ejemplo. Cataño es insistente en los defectos de escritura que tenían los ensayos de Nieto Arteta; pero esos defectos fueron, en su momento, aciertos, porque superaron el estado de conocimiento sobre algo y anunciaron lo que podían ser nuevas formas de comprensión de la historia colombiana. No podían escribir como intelectuales especializados en economía o en las prácticas de investigación y escritura de la</p>	<p>historiografía de nuestros días; eso lo ignoraban y por eso no lo poseían. Nieto Arteta y otros eran aficionados a varios saberes, porque lo permitía el ocio laboral del abogado o porque lo exigía circunstancialmente el empleo público. No podían ser otra cosa que iniciados en varios sentidos, lectores voraces y comentaristas en ocasiones exaltados; pero el rigor del científico social no podían poseerlo, porque no habían sido formados en esas prácticas. Nieto Arteta era “ligero e inorgánico”, sí, y también podía brindar al tiempo “jugosas intuiciones empíricas y analíticas”, según examen de Cataño. No es fácil ponderar con los exigentes ojos de ahora lo que podía pensarse y decirse tiempo atrás, cuando la gente estaba provista (o desprovista) de ciertas herramientas.</p> <p>Un intelectual como Nieto Arteta, según esta biografía, era un individuo muy limitado. Necesitaba pertenecer a redes de consumidores y productores de libros en América; no podía vivir de la profesión de abogado y le era apremiante conseguir un empleo oficial. Le eran vitales los vínculos asociativos que dispensaba la capital colombiana. Necesitaba, también, aprobación y reconocimiento para que sus manuscritos se publicaran, para hacer parte del debate de nuevas ideas. Su vida intelectual estaba nutrida de conversaciones en librerías, epistolarios más o menos duraderos que confirmaban amistades, afinidades y hasta desavenencias. Era provinciano y pobre, de modo que su principal riqueza eran las relaciones con otros intelectuales y el sustento de esas relaciones fue, en gran medida, sus ensayos. Con ellos pudo afirmar o debilitar esas relaciones; pero dependía, sustancialmente de un empleo público que le concediese el privilegio de viajar, asistir a eventos, comprar libros, dictar conferencias, en fin. Cuando desapareció la protección que le garantizaba un lugar privilegiado en la burocracia estatal, vinieron las fugias laborales, el ostracismo, la desconexión con los ritmos de diálogo a los que estaba acostumbrado. El suicidio de Nieto Arteta parece resumir la derrota en su trayectoria y también demuestra su condición vulnerable, la extrema dependencia de un mentor en Bogotá para poder gozar de un empleo oficial; y hasta quizás la incapacidad de labrar-</p>	<p>se un destino por sus propios medios. El retorno a Barranquilla y a casa de su madre, después de una trayectoria cosmopolita, puede tomarse como una derrota que le fue difícil superar.</p> <p>Cataño nos ha dicho que la vida de este intelectual era un caso ilustrativo de una situación general. En buena medida es cierto, la vida de Nieto Arteta muestra el estado del medio intelectual colombiano; pero también señala, y es acierto del biógrafo, las singularidades que hacen del personaje un ser único. El suicidio es una respuesta posible de muchos seres humanos a determinadas contingencias, pero esa respuesta la escogen muy pocos. Su suicidio es indicio no solamente de una condición general de la época que arrastró a Nieto Arteta a darle importancia, quizás excesiva, al retorno a su ciudad natal, como si el regreso a la vida lugareña lo excluyera de los ritmos de conversación, notoriedad y reconocimiento a los que estaba habituado. También es indicio de cómo un individuo fue autoconsciente de una pérdida cuya presunta reparación era la alternativa de la autoeliminación.</p> <p>La escritura limpia de Cataño nos ha obsequiado, además de la biografía de Nieto Arteta, un cúmulo de microbiografías que cumple una función argumentativa sustancial en el relato. Las semblanzas biográficas de intelectuales que tuvieron algún vínculo con la trayectoria de Nieto Arteta sirven para dotar de vida el mundo en que vivió el personaje, ayuda a entender el significado de aquellas relaciones; al conversar con uno de esos individuos, el intelectual colombiano se estaba poniendo en contacto con un acumulado simbólico, con individuos que ocupaban determinado lugar en un campo de conocimiento. El autor habla de un “collage biográfico” y nosotros preferimos hablar de semblanzas biográficas significativas porque anudan al personaje central en un proceso, inmerso en un mundo intelectual con sus posibilidades, sus restricciones y sus conflictos.</p> <p>En su prosa elegante, por lo sobria, el autor nos ha mostrado el paisaje intelectual colombiano durante el proceso de recepción de obras y escritores que, ya trasegados en Europa, podían ser novedad en este lado del Atlántico. En ese sentido, la biografía</p>

ha cumplido su función metodológica; un “autor menor”, como tanto lo ha subrayado, casi con desprecio, el biógrafo, ha servido para reconstituir un proceso colectivo de conversación con las relativas novedades en el mundo de la producción de ideas; como lo subraya en la coda del libro, Nieto Arteta era una de las últimas expresiones “del esplendor totalizador de los juristas”; con él estaba desapareciendo un tipo de intelectual dominante en la vida pública colombiana. Pero la muerte misma del intelectual nacido en Barranquilla también logra decirnos algo; aunque su singularidad parezca reducirse trágicamente a su suicidio, en este punto crucial en la definición de un individuo también hay un dato sobre la condición de cualquier intelectual de aquella época. Su muerte está asociada, como bien lo explica Cataño, con la necesidad de reconocimiento. Un hombre que había vivido en Europa y en varios países de América Latina le quedaba muy difícil aceptar el ostracismo de la provincia.

**Gilberto Loaiza Cano**